

Prof. Fergus G. B. Millar (1935-2019). *In memoriam*



(© Andrew Millar)

Cabe pensar que, en ocasiones, se produce una simbiosis perfecta entre el investigador y su tema de estudio, tempranamente definido y perfectamente acotado. Millar dedicó su vida profesional por entero a la historia de Roma, en toda su vasta amplitud, pues centró su atención sucesivamente en todos y cada uno de los periodos, dejando fuera tan solo la Roma primitiva, es decir, los tiempos de la Monarquía y la República Arcaica, seguramente porque en ellos la huella de la helenización no es aún claramente perceptible. Tal vez nadie como él haya sido tan consciente de la diversidad de lenguas, culturas y tradiciones, de los contrastes geográficos y políticos que convivían en el Imperio romano, tan enorme y diverso que un investigador que quisiera abarcarlo por entero haría bien en no apartar la vista demasiado tiempo ni demasiado lejos. Toda Roma y solo Roma, cierto, pero una Roma esencialmente griega.

Nacido en Edimburgo, su vida académica estuvo fuertemente vinculada a la Universidad de Oxford, primero como estudiante (Trinity College, 1955-58) y luego

ya en *All Souls*, en unos primeros pasos marcados por la publicación de su primer libro, su tesis doctoral de 1962, dirigida por Ronald Syme, *A Study of Cassius Dio* (Oxford, 1964). No es irrelevante que se trate, precisamente, del análisis de Roma desde la perspectiva de un historiador griego de época de los emperadores Severos. Este “punto de vista” griego será esencial en la trayectoria de Fergus Millar, como veremos, y culminará en una obra de síntesis, treinta años posterior: *The Roman Near East, 31 B.C.-A.D. 337* (Harvard, 1993). A la otra mitad del Imperio, es decir, al Roman West le dedicó menor atención.

Tras Dion Casio, aún a riesgo de simplificar en exceso, podemos seguir el ritmo de sus inquietudes científicas mediante los cambios de su trayectoria académica, con tres etapas bien caracterizadas. La primera comienza con el puesto de catedrático que obtuvo en University College, London, donde ejerció entre 1976 y 1984. Es el momento del Imperio, con la publicación de *The Emperor in the Roman World* (London, 1977), culminación de un trabajo iniciado, diez años antes, con un artículo sobre “Emperors at Work” en el *Journal of Roman Studies* (57, 1967, 9-19). *Emperor* es un volumen enorme, en tamaño y erudición, al servicio de una tesis sugerente, a saber, que el emperador no toma iniciativas ni pone en práctica una política determinada, no impulsa reformas, sino que se limita a responder a lo que se le solicita, para concederlo o denegarlo. El libro provocó un intenso debate, no tanto por sus contenidos en sí, sino por su rechazo explícito a usar la comparación con otras figuras semejantes, otros “reyes o emperadores” de la historia china, europea o persa. No son útiles para mejorar nuestra comprensión de la figura del emperador romano, introducen demasiado “ruido”, perjudican más que ayudan y esto es algo que no sentó nada bien en Cambridge. Lo cierto es que, en alguna ocasión, más tarde (como en su magnífico estudio sobre *El asno de oro*, la novela de Apuleyo, “The World of the Golden Ass” *JRS* 71, 1981, 63-75), encontró útil para su objetivo lo que pudiera aprenderse de otras sociedades distintas de la romana. Moderadamente útil.

Regresó a Oxford en 1984, como Camden Professor, que lo fue hasta su retiro en 2002. Es el tiempo de la República. Millar parte del trabajo de su predecesor en la cátedra Camden, Peter Brunt, quien puso en cuestión la visión cerradamente oligárquica que había dominado la investigación desde el librito de Mathias Gelzer, su *Habilitationsschrift* de 1912, sobre la *nobilitas* de la República romana. Brunt demostró que la clientela romana no podía soportar el edificio de manipulación oligárquica que se había querido construir sobre ella, que no podía servir como instrumento para corromper de modo irrecuperable el proceso electoral. Millar fue un paso más allá, con tres artículos publicados en el *Journal of Roman Studies* entre el 1984 y el 1989 sobre la República Media, en los que la figura del orador cobra un papel muy destacado. De nuevo, nos encontramos el punto de vista griego, en este caso, Polibio, cuyo diagnóstico resulta plenamente atendible. Según Millar, Polibio tenía razón: había fuertes elementos democráticos en la constitución romana, que los investigadores (Ronald Syme entre ellos) habían pasado indebidamente por alto. Estos tres artículos desencadenaron un intenso debate, que esta vez fue más allá del ámbito británico. Historiadores alemanes, italianos, franceses o españoles comenzaron a discutir sobre si se podía considerar o no a la República romana como una democracia. El debate no se ha cerrado todavía. Millar no respondió directamente a sus críticos, pero contribuyó a la discusión con dos libros suyos. El primero, *The Crowd in Rome in the Late Republic* (Ann Arbor, 1998), se centra en un periodo algo posterior (la República Tardía) y pone el énfasis en el hecho de que

el pueblo romano tuviera plena capacidad legislativa, esto es, en que fueran ellos, los ciudadanos romanos reunidos en asamblea, no sus representantes, quienes hicieran la ley. El segundo libro es *The Roman Republic in Political Thought* (Hanover–London, 2002), en el que Millar viene a mostrar que, antes de Gelzer, los pensadores, historiadores y filósofos que, desde el Renacimiento, habían estudiado la República romana la habían definido, precisamente, como una democracia.

Tras su retiro de la enseñanza, en este año 2002, continuó investigando en Oxford, ya no en Brasenose College, sino en el Oriental Institute. Es el turno del Bajo Imperio, pero también, como en el caso de la república polibiana, desde un prisma griego. Son las Sather Classical Lectures (Berkeley, California), que él impartió en 2002-2003, convertidas luego en libro: *A Greek Roman Empire: Power and Belief under Theodosius II (408-450)*, (Berkeley–Los Angeles, 2006). En este periodo (2002-2006) se van publicando sus *Kleine Schriften*, reunidos por Hannah M. Cotton y Guy M. Rogers, bajo el título genérico *Rome, the Greek World, and the East*, en tres volúmenes: (1) *The Roman Republic and the Augustan Revolution* (Chapel Hill–London, 2002); (2) *Government Society and Culture in the Roman Empire* (Chapel Hill–London, 2004); (3) *The Greek World, the Jews, and the East* (Chapel Hill–London, 2006).

Seguramente, las páginas que dedicó a la “Epigrafía” dentro de la compilación preparada por Michel Crawford sobre *Fuentes para el estudio de la Historia antigua* (Madrid, 1986 en la traducción española) sea el lugar en el que Millar se enfrentó de un modo más directo, extenso y abierto a los problemas metodológicos de la historia antigua. Su advertencia era doble: la lectura extensa y detenida de las fuentes antiguas es el único camino, pero al mismo tiempo es un camino en el que es fácil perderse, o dicho de otra forma, debemos ser conscientes de las enormes limitaciones a las que nos enfrentamos. Allí, en la página 103, podemos leer lo siguiente:

(...) importa aún señalar que el decreto ateniense acerca de Calcis, probablemente de los años cuarenta del siglo V a.C., sigue siendo el documento en prosa ática más antiguo con que contamos. Sería agradable pensar que como tal es por lo general presentado a los estudiantes de Clásicas.

Es un breve párrafo, pero condensa una parte importante del pensamiento de Millar, en el que siempre ocupan un lugar destacado los estudiantes, mejor dicho, la forma distorsionada en que se les presenta la historia, pero en el que se percibe también su voluntad firme de poner en cuestión ideas recibidas. Para el lector, el párrafo resuena como un fogonazo: ¿tal vez lo que creemos saber no es más que el producto de una presentación distorsionada, de la que somos aún víctimas? Millar protestaba contra la separación artificial entre la prosa literaria y la epigrafía, entre los filólogos y los historiadores, porque perjudica seriamente nuestra comprensión de los textos que tenemos. Estos compartimentos estancos, como los que separan a los numismatas, o a los papirologos, del resto, carecen de sentido. Tampoco lo tienen las fronteras de los países. La mayor parte de los autores citados en las notas en “Epigrafía” no son británicos. La comunidad científica ha de poner en común sus esfuerzos, colaborar desde las diversas disciplinas. Las numerosas necrológicas que se publicaron en los meses siguientes a su fallecimiento resaltaban la admiración de muchos por el hombre que era Millar, tanto o más aún que por su ingente obra. Indudablemente, no pueden separarse el uno de la otra. La humildad con que se

acercaba al estudio de cualquier texto estaba en el origen de la audacia con la que proponía nuevas lecturas, de cuyos límites él era plenamente consciente.

No ha tenido Millar suerte con las traducciones al español. Sólo uno de sus libros puede leerse en castellano, *El imperio romano y sus pueblos limítrofes* (Madrid, 1970), y únicamente porque formaba parte de la historia universal de la editorial Siglo XXI. Es una deuda que los investigadores españoles tenemos con él, acrecentada por su infatigable hospitalidad –en la que también tuvo una parte importante quien fue su secretaria durante muchos años, Priscilla Lange–, su enorme amabilidad y la ayuda que prestó a muchos en nuestras estancias en Oxford.

Pedro López Barja de Quiroga
Universidad de Santiago de Compostela, España
pedro.barjadequirola@usc.es